

Antonio y Vicente Martín-Soldado Navarro.

Juan Antonio se casó con una hermana de Cristóbal Cenfor, la Anastasia, y no tuvieron hijos ni tampoco nada de sobra en sus comienzos, pero la tía Vicenta le dió vivienda en El Chimeneón y un despacho de vinos, en una rincónada que hacía la casa, de unos seis metros de entrante.

Esta fué la primera tienda del Chimeneón, con cuyo nombre empezó a conocerse a Juan Antonio: tendero, tienda y casa, todo con el mismo nombre.

Al alinear la calle, Juan Antonio, el del Chimeneón, se trasladó enfrente, a la casa de Reguillo, esquina a la calle Cervantes, donde conservó el nombre del emplazamiento de su primera tienda y no porque él se lo diera, sino por esa inclinación pegadiza de las gentes a sus querencias, que es como una reminiscencia ancestral de los instintos.

Al principio siguieron distinguiéndole como el de la tienda del Chimeneón, pero poco a poco se fueron contrayendo las expresiones y aumentando la familiaridad, llamándole a él escuetamente, El Chimeneón, durante el resto de su vida y, de seguro, para muchos, como si no hubiera existido el antecedente topográfico y sin darle sentido a la expresión.

Ya ricote compró lo de orilla de las portadas de las

El Chimeneón

Juan Antonio
Martín-Soldado Navarro

No sé si en los últimos años de riñón cubierto le parecería bien o mal que le llamaran El Chimeneón, pero fuese como fuera, gracias a eso quedará memoria de su presencia en el Paseo alcazareño, que fué el lugar donde cuajó la nueva historia del pueblo.

En este retrato le vemos con el traje de los domingos, pero siempre iba curioso. La Anastasia, muy alcazareña, era hacendosa pero no bella, que es un hecho importante para mujer propia y satisfacía su instinto maternal en el cuidado de su persona, cosa que no se da siempre en la pareja infelunda, cómo hubiera podido hacerlo con el hijo de sus entrañas o con un macizo de claveles o geráneos. Lo llevaba de punta en blanco y eso realizaba su figura, debiendo reconocerse que tampoco él era ningún haragán.

Llevaban la tienda entre los dos, beneficiándose el establecimiento del amor filial que no encarnó, pero ella era más fija en el mostrador. El andaba alrededor. Llevaba, traía, alcanzaba o colocaba. Gastaba una blusa corta, de color azul claro, rayada, para resguardarse la chaqueta. Bien parecido y de buen carácter. Yo le solía comprar, como a Medicina, algún trompo o una perrilla de castañas pilongas y aunque entráramos dando portazos nunca echó a patadas como hacía Juan Marica y otros del ramo. Que conste ésto por si le sirve de algo.



Bilbainas, trasladando allí la tienda y la gente cantaba:

Yo no voy al paso a nivel
ni tampoco al Paseo de la Estación,
porque dicen que asoma, que asoma,
la punta del Chimeneón.

Después hizo la Villa Martín en el Parque.

Al mudarse Juan Antonio de la casa de Reguillo se quedó con la tienda el Serenete, cuñado suyo y por lo tanto hermano de Cristóbal. Le dió un aire y tuvo que dejar el negocio, desapareciendo la tienda, pero no el nombre que siguió vinculado a Juan Antonio y a su abacería hasta su muerte, pues ese día fué cuando murió El Chimeneón y no cuando los cambios de mucho antes dieron en tierra con la gigantesca chimenea.

Quinica compró El Chimeneón en 13.000 reales. Después se lo vendieron a Cristóbal en 8.000 pesetas, haciendo un negocio de locura, que ahora le seguiría pareciendo un disparate, pero en contra suya.

La tía Vicenta era prima hermana de la madre de los Mayas, Sebastiana Quiralte Navarro, casada con Angel Arias Mazue-